

Miércoles de la Tercera semana de Cuaresma

Misa Votiva del Espíritu Santo en la apertura del IX Capítulo de la Congregación de Castilla, Madrid 26 de marzo de 2025

Lecturas: Deuteronomio 4,1.5-9; Mateo 5,17-19

Las lecturas de este día son muy adecuadas para introducirnos en los trabajos de este Capítulo de la Congregación de Castilla, porque nos hablan de la fidelidad a la Palabra de Dios para que Jesucristo pueda «dar plenitud» (Mt 5,17) al plan de salvación de la humanidad. Pedir el Espíritu Santo al comienzo de un momento sinodal es precisamente pedir que Dios mismo nos capacite para escucharle, para que su palabra sea para nosotros, en nosotros y entre nosotros semilla que dé fruto. Fruto de comunión con Él; fruto de comunión entre nosotros; fruto de comunión con toda la humanidad dispersa que espera la salvación.

Moisés nos ayuda a comprender lo que debe provocar en nosotros la escucha fiel de Dios que nos habla. En primer lugar, se nos pide que seamos agradecidos por este privilegio, esta predilección de Dios hacia nosotros. ¡Somos elegidos, somos preferidos!

«¿Dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?

Y, ¿dónde hay otra nación tan grande que tenga unos mandatos y decretos tan justos como toda esta ley que yo os propongo hoy?» (Dt 4,7-8).

Sí, somos privilegiados, somos elegidos. Sin embargo, esta predilección de Dios hacia nosotros no debe degenerar en un orgullo excluyente, que desprecie a los demás, sino que debe llenarnos de gratitud humilde y responsable. Ninguno de nosotros merece ser preferido por el Señor, pero si lo somos, debemos comprender que se trata de una tarea, de una responsabilidad para con el mundo entero. Incluso aquellos que son elegidos para ser miembros de un Capítulo deben sentirse agradecidos y responsables, y vivir la escucha y la palabra que intercambiamos como un trabajar juntos en la construcción del Templo cuyo arquitecto es Dios y que debe servir para acoger a todos para que se encuentren con el Señor.

La obra es hermosa, pero está más allá de nuestras capacidades. Por eso nos consuela que Moisés nos diga que el verdadero privilegio que nos concede la elección de Dios no es tanto el de saberlo, poseerlo y hacerlo todo, sino el de poder pedirlo todo a un Dios prójimo que nos escucha: «¿Dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?» (Dt 4,7)

Por eso, un verdadero trabajo sinodal debe estar impregnado de petición. Estamos reunidos como pobres mendigos que tienden la mano al Padre bueno, seguros de ser escuchados y atendidos. Las decisiones correctas, las opciones correctas, las palabras verdaderas que florecerán en estos días serán las que buscaremos y encontraremos pidiendo a Dios, pidiendo al Espíritu Santo.

Pero Moisés nos recuerda también que esta conciencia justa y verdadera de nuestra relación con Dios y entre nosotros y con todos no brota de la nada. Tiene raíces y, por tanto, debe alimentarse en la memoria, en el recuerdo de los beneficios del Señor para con nosotros. Dios también nos habla con todo el camino por el que nos ha llevado. Incluso nuestra historia, con todos los acontecimientos que comporta, con todas las personas que la han vivido con nosotros, con quienes nos han hecho bien, por ejemplo ejerciendo la responsabilidad entre nosotros, todo esto también es palabra de Dios, revelación de Dios y de su amor fiel, y debemos hacer memoria de ello para vivir plenamente y ser fecundos en la transmisión de esta plenitud de vida: «Ten cuidado, guárdate bien de olvidar las cosas que han visto tus ojos y que no se aparten de tu corazón mientras vivas; cuéntaselos a tus hijos y nietos» (Dt 4,9).

Como nos recuerda Jesús en el Evangelio de hoy, toda verdadera plenitud en Él, en el Evangelio, en la Iglesia, hunde sus raíces en lo que hemos recibido, es generada por padres y madres que, con fidelidad, nos han transmitido lo que han oído de Dios.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori, Abad General OCist